

LOS CAMPANEROS

Desde las columnas de este popular e ilustrado periódico se ha hablado sobre las campanas, y en otro pequeño artículo sobre los campaneros. Ahora le hago respecto de los campaneros, con lo que queda conocido, gracias a la acogida dispensada por su ilustrísimo Director, don Teodoro Liorente Falco, mi modesto triptico.

Generalmente son hombres sencillos, y considerados como tales, no sólo son dignos de respeto, sino que merecen estimación.

Como personas afectas al servicio de la Iglesia, su oficio cuenta con los caracteres de lo sagrado, por cuya razón deja de ser un empleo vulgar.

Los campaneros aman a sus campanas, como los padres aman a sus hijos; como se quiere a los buenos amigos. Las consideran como seres humanos pertenecientes a sus familias.

Cuando se les habla exaltando su fama, y su positivo valimiento, las buces de sus ojos adquieren un brillo singular, demostrativo de su alegría y contento. Sus rostros se iluminan como si se tratase de la alabanza propia, en boca de otro. Su satisfacción ante tales encomios, es completa, y sin darse cuenta, como atraídos por una fuerza absorbente, se deslizan con deleite por el camino de la vanagloria respecto de ellas. Yo he mantenido conversaciones con algunos, y así he podido apreciarlo. Por cierto, que como testimonio de estas para mí felices entrevistas, conservo las tarjetas que me dieron al despedirme de ellos, los campaneros de las Catedrales de Sevilla y Murcia.

En los actuales tiempos, causas que no se nos ignoran, hacen que todo se materialice, y es una verdadera lastima que las loables afecciones que suponen el toque de las campanas, se resientan no poco de ello. En los pueblos solía pasar de los padres a los hijos esta ocupación, y lo tenían en mucha estima.

Si las campanas son en sí una solemne manifestación del arte de los sonidos, los campaneros diríase que son artistas por excelencia, en toda la extensión de la palabra. Caldeados sus espíritus en el crisol de las más puras emociones, toman parte activa en los sentimientos populares, cuando encarnan puntos de alegría, o en los suspirados por el dolor.

Y así actúan con ritos propios, a tenor de todos los actos, hasta que llegada la hora en que han de partir de este mundo, las campanas a las que tanto cariño profesaron, se asocian de una manera especial a sus dueños, preguntando a los cuatro vientos, con acentos doloridos, su profundo pesar. Exteriorizado, reconocidas, la expresión más viva y delicada de sus últimos sentimientos, con sus tristes acentos equivalentes a una sencilla plegaria por el eterno descanso de sus almas.

DOROTEO LLEO GIBBERT

LAS CAMPANAS

A mi excelente amigo don Manuel Palau

A muchos les son indiferentes, y a no pocos les molestan sus sonidos. Sobre gustos nada hay escrito; pero dejan al descubierto la categoría de las personas. ¿Qué diríamos de todos aquellos a quienes no les gustase la música?...

¡Oh el lenguaje de las campanas! Lenguaje muy expresivo. Nada en absoluto da una idea tan elocuente de la alegría, y el dolor, como las campanas.

Una fiesta sin campanas es como un día sin sol; un campanario sin ellas es cual un pueblo sin historia. Constituyen una nota de arte, y un punto de vida.

Quien no profesa cariño a las del pueblo que le vio nacer me atrevo a decir que no quiere tampoco a su madre.

Meritorio es el papel que desempeñan. Si algún día se decretase prescindir de sus servicios, el mundo perdería en parte su equilibrio, como pierde un hombre el juicio en cosas inconfesables.

DOROTEO LLEO GIBBERT

1º de la serie

1947

Viernes 7 de Febrero de

LOS CAMPANARIO

Per sencillo que sea un campanario, es interesante. A mí me deleita en gran manera, cuando viajo, contemplar los que se ofrecen a mi paso. Me resultan siempre una novedad, como me sucede con el paisaje.

Los campanarios encierran en sí una idea universal: la de nuestra fe católica, de la que son signos elocuentes. Símbolos en los que se recoge íntegramente el espíritu de una vecindad, hablan por medio de sus campanas, cuyas voces de diferentes sonidos o entonaciones, despiertan en los corazones de los humanos los más puros sentimientos.

Un campanario sin campanas, entraña un punto de muerte; es un arsenal en el que se acumulan todas las tristezas. La torre de Santa Catalina se la puede comparar a una mujer hermosa sin alma. Realmente causa el efecto de una cosa insubstancial y fría, a pesar de su belleza. Sin sus campanas, quedó privada de una nota emotiva, que contribuía poderosamente, a darle un destacado interés. En cambio, la Giralda de Sevilla, cuando van al vuelo sus campanas, es sencillamente atrayente; algo maravilloso o de ensueño. No parece sino que el alma entera de esa magnífica ciudad andaluza, se manifiesta con su especial poesía, al conjuro de sus alegres y armónicos sonidos.

Demoler un campanario sin otras miras ni razones que las inspiradas por el sectarismo, constituye un hecho deshonesto; un acto escandalosísimo de barbarie.

Un campanario es en todas partes un adorno singular; un acoplamiento de grandeza. La demolición del pequeño campanario de la iglesia de San Pio V, de la que sólo queda en pie a la admiración de las gentes, su artística fachada, fué una cosa del peor gusto. Perdióse con él un, ejemplar poético, como fué lamentable el derribo de la cúpula del citado templo, que con su elegancia y vistosidad, enriquecía el panorama de esa pintoresca parte del río.

Grande, muy grande es en verdad

el contento, la alegría, el gozo inunda a todo su ser, quien de ha de un lejano país, en el que ha permanecido por algún tiempo, dista a lo lejos la silueta del campanario del pueblo que le vio nacer. Año y querido monumento que le ir que cuenta allí con sus más caros tos.

A todo pueblo le representa su campanario. Viva imagen de su eselidad en el aspecto ideológico y mental, es cual un amigo generoso le presta su tutela.

Valencia cuenta con su viejo y gigante Miguelete, del que mucho los valencianos no quieren perder sombra de vista. Hacen bien. La bra de un campanario es acogedor, ejerce en todos los órdenes una fluencia saludable. Acaso mucho beneficiosa que el apoyo que genmente encuentra uno, en el radiación más o menos extenso de amistades...

DOROTEO LLEO GIBBERT

2º de la serie